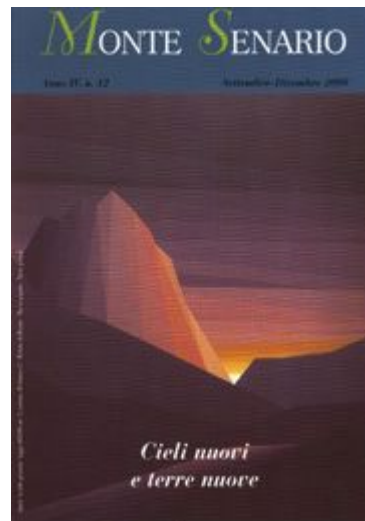


Artículo de Ricardo M. PEREZ MÁRQUEZ para la revista Montesenario (Año IV, n. 12 septiembre - diciembre 2000).

Traducción de Antonio Paneque.

«CIELOS Y TIERRAS NUEVAS»

La escatología en el Apocalipsis.



Resulta bastante paradójico que un libro como el Apocalipsis, del que se ha hecho uso a lo largo de los siglos para indicar la inminencia del fin del mundo y que ha sido presentado por los predicadores con tonos sombríos, comience y concluya con una bienaventuranza. En lugar de la catástrofe esperada o del cataclisma previsto, el libro contiene una propuesta de plenitud de vida formulada en los siguientes términos:

“Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el Tiempo está cerca” (Ap 1,3)

“Dichoso el que guarde las palabras proféticas de este libro...” (Ap 22,7)

El mejor modo de enfocar la reflexión teológica sobre lo que el autor del Apocalipsis quiso transmitir respecto al fin de cada hombre individualmente y de la humanidad en su conjunto, es partir precisamente de estas dos bienaventuranzas. En función de ellas conviene afrontar cuestiones como los “*fines últimos*” o hipótesis sobre la conclusión de la historia humana. Juan ofrece pistas válidas para poner en marcha la reflexión de un modo eficaz: invita a no quedarse en las “*cosas últimas*” ni en el “*final de los tiempos*”, expresión privada ya de su sentido original [1][1], sino a dirigir la atención sobre el tiempo de una era nueva, ya presente, cuya característica final será la total renovación del cosmos con la eliminación de toda clase de mal y de sufrimiento.

Para una adecuada lectura e interpretación del Apocalipsis, texto escrito hace unos dos mil años y perteneciente al género “apocalíptico”, uno de los requisitos indispensables es superar el cúmulo de equívocos que en el curso de los siglos se han ido vertiendo en torno a este libro. Expresiones como “*fin del mundo*”, “*fin de los tiempos*”, “*juicio final*”, son frecuentes en la apocalíptica y forman parte de un bagaje cultural típico de los periodos de crisis. Esta corriente literaria, nacida dentro del Judaísmo, se desarrolló en grupos minoritarios. Para ellos, todo había sido ya previsto y establecido por parte de Dios y pretendían estar en posesión de revelaciones especiales sobre el futuro. Pero el Apocalipsis de Juan se disocia en modo original de esta visión determinista de la historia, proclamando un mensaje de confianza y estímulo para vivir el momento presente en plena sintonía con la buena noticia del Reino.

En cada época histórica, especialmente ante situaciones de crisis y transformaciones profundas, han visto la luz escritos que presentaban una imagen pesimista de la realidad, anunciando que el mundo estaba ya cerca de su fin. En el ámbito del cristianismo, el texto consultado en periodos similares ha sido siempre el Apocalipsis de Juan. En la iglesia, para inculcar mejor las doctrinas tradicionales sobre el destino del hombre y sobre el más allá, se proyectaba al final de los tiempos el mensaje del Apocalipsis: el juicio de Dios, desde esta perspectiva, se presentaría acompañado por convulsiones cósmicas desconcertantes y catástrofes mundiales. De este modo, el texto sagrado era objeto de una manipulación sutil. Cuando “*apocalipsis*” pierde el significado exacto de “*revelación*” y se convierte en sinónimo de “*catástrofe*” resulta fácil perder de vista el contenido genuino del libro y tomarlo por una colección de profecías que anuncian con detalle todos los eventos de la historia hasta el fin de los tiempos. El resultado, entonces, no es otro que una lectura perversa que se apoya en los temores de la gente y en el miedo al castigo divino. Esta interpretación desviada conduce fácilmente a una estéril fuga de la realidad.

El libro del Apocalipsis fue escrito no como un conjunto de profecías de contenido enigmático ni como anuncio de acontecimientos que tendrían lugar sucesivamente, sino como lectura profética de la historia. Una lectura que el autor quiso centrar en torno a un tema único y fundamental: la revelación del designio de Dios, Señor de todo el universo. Este designio, que desde el comienzo de la obra es indicado como “*lo que va a suceder*” (cf Ap 1,19; 4,1), viene desvelado a la comunidad de los creyentes a través de distintas figuras: los siete sellos (6,1-7,17), las siete trompetas (8,1-11,14), las tres señales (12,1-15,1), las siete copas (16,1-20) etc. Mediante estas imágenes, que se pueden considerar variaciones sobre el único tema de la derrota del mal y de la muerte, la comunidad se sitúa en condiciones de comprender el verdadero significado de los hechos históricos.

Como si se tratase de un buen director cinematográfico, que sabe encuadrar la realidad humana desde distintos ángulos, el autor dispone el mensaje de revelación en una estructura peculiar [2][2]. Su intención es ir acercando gradualmente a los lectores hacia el núcleo de su mensaje y, al mismo tiempo, soslayar con

esmero cualquier tipo de datación o predicción sobre los eventos futuros. De este modo, atrae la atención sobre el tema que le interesa: no el fin del mundo, sino la liberación de la creación de todo rastro de mal y de sufrimiento, hasta contemplar cielos y tierra nuevos, expresión máxima del cumplimiento del proyecto de Dios sobre la humanidad.

El mensaje que Juan envía a las comunidades de los creyentes de todos los tiempos (cf *“las cartas a las siete iglesias”*, Ap 2-3,22), es la *“revelación de Jesucristo”* (1,1) por consiguiente, las imágenes y las visiones que hacen referencia a la escatología deben ser contempladas igualmente a la luz de la enseñanza de Jesús. De hecho, la primera visión del libro es bien estimulante: Cristo Resucitado libera de todo miedo y garantiza en primera persona el bien y la seguridad de sus comunidades (Ap 1,10-20).

El Apocalipsis es un texto profético de *“liberación”* que se caracteriza por su apertura universalista; una buena noticia que anunciar a *“toda nación, raza, lengua y pueblo”* (Ap 14,6; cf 5,13), expresión con la que el autor indica toda la humanidad (cf 7,9). Mientras que los otros escritos apocalípticos generalmente se dirigen a un estrecho círculo de iniciados, el Apocalipsis, en cambio, evita clausuras sectarias, y presenta el tema de la *“salvación universal”* como un rasgo constante de la obra, lo cual permite apreciar la meta final de la historia humana en un modo positivo. Esto hace que el libro sea no solo uno de los escritos más elegantes y finos del Nuevo Testamento, sino también una de las mayores aventuras teológicas del cristianismo [3][3].

LA CUESTION DEL TIEMPO

En el Apocalipsis, la primera referencia a la temática del tiempo está ligada a una bienaventuranza, la primera de las siete que cubren la obra entera (Ap 1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7.-14). Bienaventuranza que atañe a aquéllos que, leyendo las palabras proféticas del libro y poniéndolas en práctica, sabrán actuar en consecuencia.

La atención que el autor dirige al tema del tiempo desde las primeras páginas se debe a su deseo de presentarlo desde una óptica nueva: el tiempo para Juan no es ya una simple sucesión de eventos, sino momento oportuno para actuar en sintonía con Dios. Una vez que Cristo ha inaugurado los tiempos de una era nueva, era en que la muerte ha quedado desprovista de su poder (Ap 1,18), la comunidad de los creyentes experimenta su destino definitivo de salvación y toma conciencia de vivir un tiempo que no se dirige hacia su final, sino que es capaz de superar todo límite para alcanzar su pleno cumplimiento (Ap 7,15-17).

No solo la óptica, también la lógica del tiempo es nueva, de ahí que la sucesión de imágenes y de visiones que se encuentran en el Apocalipsis no siguen una línea continua y progresiva, sino que

pasan sin dificultad desde el futuro al pasado y viceversa, hasta el punto de dar por descontado un desenlace que aun no ha tenido lugar. Así sucede con el anuncio de la caída de Babilonia, la gran ciudad (Ap 14,8), cuando todavía no se ha producido ese trágico destino (Ap 18,2.21; cf 12,10; 19,20; 20,10). Este mecanismo permite leer los acontecimientos de la historia por encima de las apariencias humanas, abandonando las visiones tradicionales que los poderes terrenos propugnan. A esto alude la expresión que se encuentra en boca del autor: "*caí en éxtasis*" (Ap 1,10; 4,2). Juan entra en el ámbito del Espíritu para contemplar e interpretar la realidad humana desde la perspectiva celeste. A pesar de las apariencias, es Dios quien conduce y lleva a cumplimiento su creación.

Partiendo de la bienaventuranza, el autor interpela las comunidades sobre su papel respecto a la historia. Las exhorta a colaborar en el proyecto de salvación y a intervenir a favor de la difusión del Reino. Esta nueva concepción del tiempo, que supera la fuga y el desaliento para poner de relieve el entusiasmo y la creatividad, sirve de clave de lectura de cara a la comprensión de todo el libro. El libro no trata de los sucesos de los "*últimos tiempos*", se dirige más bien al presente de la comunidad, un presente que ha sido ya transformado por la Palabra de Dios y fecundado por el Espíritu en un horizonte futuro de plenitud.

"...el tiempo y los tiempos..."

El autor distingue con precisión entre los dos términos griegos que significan "*tiempo*". Cuando se refiere a la sucesión cronológica usa el término griego "*cronos*". El mismo indica el tiempo a disposición de los fieles para cambiar su conducta en relación con los otros (Ap 2,21) o para mostrar confianza en el designio de salvación (Ap 6,11). Es un tiempo de duración breve, un tiempo que pasa para dejar espacio a Dios, quien no demora sus intervenciones en la historia (Ap 10,6). Por último, es el tiempo en que actúa satanás y todos los que cumplen obras de muerte, pero es un tiempo ya agotado porque con la potencia de Cristo ha sido derrotado el mal, aunque sus efectos nocivos son aun visibles (Ap 20,3).

Cuando, en cambio, se describe la intervención divina en favor de la humanidad, el autor usa el termino griego "*kairos*". Es un tiempo propicio en el que se hace justicia a todos los que han dado su vida por causa del evangelio (Ap 11,18) y donde se recibe el apoyo de Dios durante los periodos de prueba (Ap 12,12.14). Estimulados por esta nueva realidad temporal, los creyentes, que viven en el "*día del Señor*" (Ap 1,10) se comprometen en la construcción del Reino "*porque el tiempo está cerca*" (Ap 1,3; 22,10).

En el mensaje del Apocalipsis el "*día*" por excelencia es el del

Señor Resucitado (Ap 1,10; cfr. Jn 20,1.19), el primer día de la nueva creación en el que las tinieblas quedan definitivamente alejadas de la vida del hombre (cfr. Ap 21,25; 22,5). En relación con este día que anticipa el cumplimiento de la creación, se habla de otro "día", el de la ira de Dios y del Cordero. Formulada con el lenguaje de los oráculos proféticos, esta expresión debe interpretarse a la luz de la teología del autor como "el día" en que Dios demuestra su total antagonismo respecto al mal (Ap 6,17; 9,15; 10,7; 16,14; 18,8). El presente no está a merced de fuerzas destructivas, sino bajo el señorío de Dios porque hace experimentar su victoria desde ahora (Ap 12,10).

Desde el punto de vista de los sucesos históricos, este día único en que reina victorioso el Señor con sus fieles, se representa mediante el simbolismo numérico de los "mil años" (Ap 20,2-7), tiempo del Reino, en el que se experimenta la presencia vivificante del Resucitado.

EL MUNDO Y SU TRANSFIGURACION

Con Jesús se abren los tiempos nuevos en que la creación alcanza su cumplimiento y la historia de la humanidad entera entra en su fase definitiva. Esto ocurre en el ámbito de un espacio que progresivamente se transforma hasta quedar plenamente transfigurado y contemplado como "un cielo nuevo y una tierra nueva" (Ap 21,1). La indicación es la de un cielo y una tierra que todos pueden reconocer, en los que no existe ninguna sombra de mal, y precisamente en esto radica su novedad. El proyecto de Dios es formulado como propuesta de salvación para todos (cf Jn 3,17; 6,39; 10,28), por lo que sus planes no se realizan a través de obras de destrucción, sino mediante la renovación de todo lo creado.

El Apocalipsis presenta una superación progresiva de las barreras que existen entre *el cielo*, ámbito de lo divino, y *la tierra*, lugar de las vicisitudes humanas. En la medida que el proyecto de Dios se realiza y la comunicación con el hombre se hace más nítida, desaparecen los límites que la misma religión establece entre lo sacro y lo profano, entre el cielo y la tierra (cf Ap 4,1; 6,14; 11,19; 19,11).

El contraste aun evidente entre estos dos ámbitos es debido a la tentación continua del hombre de "querer subir hasta el cielo" (cf Is 13,13) para satisfacer la propia ambición de poder y dominio. El Apocalipsis declara que en la esfera de Dios no hay lugar para los poderosos de la tierra. Por esto se proclamará solemnemente en el cielo que el *dragon* - imagen de todo poder opresor contrario al bien del hombre - "fue arrojado sobre la tierra" (Ap 12,9-12). Es en la tierra, la zona habitada por los hombres y escenario de sus acciones, donde el mal será aniquilado (Ap 20,10). Del cielo procede una denuncia radical hacia los sistemas de poder: "icayó, cayó la gran Babilonia!" (Ap 18,2). Aquí Babilonia representa cualquier

convivencia humana guiada por el interés egoísta y la violencia. El anuncio de liberación de todo sistema basado sobre la explotación y la opresión de los débiles, ilumina la tierra de esplendor e invita a la comunidad de los creyentes a que abandonen toda forma de complicidad con la ideología del poder (cf Ap 18,1.4).

Todo aquél que colabora a esta transformación del mundo, liberando la creación de los agentes de muerte, recibe *“el sello de Dios”* y entra a formar parte del grupo de los que experimentan la plenitud de la salvación (Ap 7,4.9). Para el autor del Apocalipsis, la vida eterna no es un premio a recibir en un futuro lejano sino un bien que los creyentes viven ya en el presente. De ahí que, en lugar del juicio final, Juan presente una visión en la que se subraya lo que es realmente importante: tener el propio nombre escrito en el libro de la vida (Ap 20,12). Quien no está inscrito en este libro, o sea, quien no opta personalmente por el designio de Dios, se excluye de la vida y termina en el *“lago de fuego”*, imagen simbólica que indica la aniquilación total (Ap 20,15).

“...apertura hacia el futuro...”

Una de las tentaciones más peligrosas para la vida de las comunidades es la de refugiarse en las seguridades alcanzadas en el pasado. La novedad que el Apocalipsis ofrece sobre el modo de concebir el tiempo y el espacio como elementos de la nueva creación viene formulada en la invitación a dejar pasar el *“mundo viejo”*: *“... No habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos ni fatiga, porque el mundo viejo ha pasado...”* (Ap 21,4). La adhesión fiel a la Palabra de Dios permite vivir con apertura esperanzada hacia el futuro. En la línea de los profetas, Juan vuelve a llamar a los creyentes a vivir libres de todo apego estéril a las tradiciones del pasado, al *“mundo viejo”*, tal como enuncia el apóstol Pablo: *“...Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo...”* (2 Cor 5,17; Is 43,18).

Una tal conducta es perceptible desde ahora porque la comunidad de los creyentes no está ya condicionada por las experiencias negativas del pasado, sino que vive en plena sintonía con el Dios que hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5). La acción creativa de Dios no se limita a una simple mejora de las condiciones de la humanidad, conduce a una transformación total de lo creado, de modo que todo aquello que podía ser causa de dolor o sufrimiento queda completamente eliminado (cf. Gen 3,16-19).

CONSIDERACIONES FINALES

En el Apocalipsis la enseñanza sobre el destino último del hombre y de la historia se presenta como profecía de los tiempos nuevos, los tiempos de la nueva Jerusalén, donde cielo y tierra entran en perfecta comunión.

En la parte final del libro, cielos y tierra quedan encuadrados en un único día y en único espacio donde no hay ya necesidad de la luz del sol ni de la luna, ni de ningún santuario, porque todo cuanto forma parte de la realidad humana queda inundado por la gloria de Dios (cf Ap 21,22-23, Jn 19,30). El tiempo existe solo en un continuo presente, porque el día y la noche no se alternan ya más (Ap 22,5); lo mismo sucede con el espacio, que no está ya delimitado por ningún confin, al contrario, está caracterizado por su total transparencia y esplendor, como el mismo autor desea demostrar en la descripción minuciosa que ofrece acerca de la nueva Jerusalén (Ap 21,11-21).

En el Apocalipsis no se encuentra ninguna alusión al "*fin del mundo*", del mismo modo que no se menciona para nada el "*final del tiempo*". Como conclusión de su obra, el autor muestra un mundo completamente transformado en cuyo centro está presente el Señor de la vida. Imagen de este nuevo mundo es la *Jerusalén celeste*, don de Dios porque desciende del cielo, pero que es edificada por cuantos ponen la propia vida al servicio del Reino (cf. Ap 19,8).

[1][1] La expresión "*fin de los tiempos*", típica del lenguaje profético, traduce el término hebreo *baharit hayyamîm*, con el que se indica "*el tiempo que viene después*", es decir, el porvenir, cuando todos los pueblos se encontraran en Jerusalén para adorar al único Dios – rey de Israel (Is 45,14; 52,7); y cuando bajo cielos y tierra nuevos se manifestara la Jerusalén celestial (Is 65,17; 66,22).

[2][2] Cf MONDATI, F., *La struttura generale dell'Apocalisse*, in *RivB* 3 (1997) pp.289-327.

[3][3] Cf BAUCKHAM R., *La teologia dell'Apocalisse* (Brescia: Paideia 1994).